

El Genio

Lo que voy a transcribir a estas hojas no debe ser compartido con nadie ni expuesto públicamente, pues podría tomarse como un deliberado acto de traición o sedición contra la humanidad misma. Es por ello que debo guardarlo para mí, aunque sea en un desesperado intento de dar cuenta de mis deseos más irrefrenables y egoístas. Pero poco de eso cobrará sentido en poco tiempo, pues parece que mi cerebro pronto dejará atrás esas sensaciones de represión contra mí mismo y navegue en aguas de una neurótica realidad semejante a esta, pero muy lejos de las costas de lo cotidiano, el gentío y la mediocridad. Una vez escuché, no sé si realmente o en un sueño de mis recuerdos fantasiosos, a alguien decir que la meta última para todo hombre era la gloria o el olvido más absoluto. ¡Y es en verdad algo cierto y terrible! Más no debo frenarme más, pues mis manos se agitan a cada palabra entintada, tratando de escapar de esta tarea autoimpuesta, pero debo hacerlo, aunque sea un pobre intento para tratar de salvar, por pequeña que sea, esa parte de mí que aún sigue atada a este plano de lo conocido.

Corría por entonces un año indeseable para mí, pues mi alma no era de carácter social, y en la ciudad donde pasé mis años de juventud estuve sólo la mayor parte del tiempo ocioso. Busqué amigos entre los libros de la biblioteca familiar, y durante algunos años me fueron más que fieles aliados, pero al alcanzar la edad adulta mi mente se pudría entre los muros de mi hogar. Fue entonces cuando traté de buscar más allá del ámbito cercano, y fue poco el tiempo en el que la biblioteca comunal se convirtió en mi segunda morada de sueños e inquietudes. Había trabajado también,

aunque a duras penas y sin demasiado éxito personal, el arte de escritura y la novelística, pero sólo de manera singular. No compartí nunca mis escritos con familiares o conocidos.

Ocurrió entonces una incómoda mañana de otoño donde la naturaleza amenazaba con una fina lluvia a los viandantes, descargando su furia en el momento preciso en el que yo me encontraba de camino a la ya mencionada biblioteca. No deja de resultar curioso cómo algo tan familiar como un tiempo atmosférico indeseado fuera la causa de nuestro encuentro, asemejándose a algo tan natural como el aire, y sin embargo con un resultado tan inesperado como inconcebible. Mis pies se encontraron con un pequeño obstáculo que no había sido capaz de predecir, y sólo el suelo me recogió en un doloroso y frío abrazo en el que se dejaron correr tinta de mis escritos y líquido elemento rojo de mis labios y nariz. Entonces, él se acercó a mí.

Un hombre, o más bien la sombra de uno, desconocido para mí en aquel momento, velozmente recogió mis pertenencias y me mostró su mano, salvadora de mi pobre trabajo. Vestía como un noble, pero eso no le impidió correr hasta mí desde una cafetería local, dejando allí sus pertenencias, sólo para prestarme ayuda en tan humillante escena. Prontamente me invitó a sentarme a su mesa y tomó nota de mis necesidades, cubiertas tan sólo unos instantes después por los trabajadores locales, y aunque el lugar era reservado y su espacio de descanso cerrado al resto del local, muchos otros se agolpaban a las puertas correderas del mismo tratando de alcanzar un buen lugar desde el que apreciar tan brillante escena de caballeridad por su parte. De tez luminosa, con largos y oscuros cabellos, además de una barba cuidada,

el hombre encerró nuestro encuentro para con nosotros nada más y se presentó formalmente, aunque me reservaré de decir su nombre, pues a esta hora es evidente aunque solo sea para mí nada más, que debo dudar de sus palabras, aunque no de los hechos.

Una vez que mis impresas actividades quedaron seguras y mis pertenencias retomaron calor, el hombre guardó silencio ominoso durante un corto plazo, pues de entre todos mis textos uno pareció agitar su curiosidad, no sé si por las manchas rojizas de mi reciente trastabilleo o por las palabras que aún podían ser percibidas. En cualquier caso no traté de detenerlo o distraer su atención incauta de tan inadecuado trabajo, pues su mera mirada inquisitiva era imperativa de un silencio inquebrantable. Cuando dejó de leer y para mí más absoluta sorpresa aquel hombre me regaló una sonrisa complaciente, y devolviéndome aquella hoja impura ordenó sus objetos y se marchó sin decir más, despidiéndose con un gesto de su sombrero. El gentío de fuera fue tras él a muy pocos metros, dejándome sólo allí, con mis pensamientos volando inquietamente por la curiosidad producida por aquél hombre misterioso. Es entonces cuando mis dedos se encontraron con algo más que mis escritos, pues otra hoja de papel, más gruesa y pequeña, resbaló entre ellos y quedó sobre la mesa de madera de la cafetería. Aquello no era de mi propiedad, pero sin duda alguna aquel hombre quería que la tuviera, pues comprobé que se trataba de una invitación formal a un encuentro del que yo desconocía propósito o temática, y no podía dejar de lado la oportunidad de agradecer debidamente su amable gesto y saciar mis ansias de conocimiento de su persona.

El día anotado en aquel sagrado papel, que aún guardo conmigo como si de una reliquia se tratara, dirigí mis pasos a un gran edificio de la ciudad en el que se oficiaban eventos de variadas índoles, normalmente recitales u obras de teatro, lo que parecía encajar con la actitud que se había tomado para con mis escritos. Cuando llegué allí, pude tomar nota de los que se encontraban esperando a que las puertas se abrieran. No descubrí ninguna particularidad entre ellos, pero sin duda yo era el extraño entre aquellos círculos de personas que se amontonaban, y mi falta de contacto más allá del meramente superficial y correcto me impidió tratar con algún asistente y preguntar la razón o el motivo de la expectación creada.

Las grandes puertas del lugar no tardaron en abrirse a la congregación y pronto todos estuvimos reposando en sendas butacas, formando varios anillos alrededor de una plataforma elevada, coronada por un atril de oscuro mármol. Mi asiento se encontraba en el anillo más pequeño, a tan solo unos pasos del mismo centro. Al poco tiempo, creando una atmósfera más oscura, sin duda de forma teatralizada, las lámparas se marchitaron, y la sala permaneció en silencio, haciendo que los pasos que se acercaban lentamente desde el fondo del lugar se escucharan de forma nítida y potente. Y allí estaba él...